



SAN VICENTE DE PAUL, ¿DEFENSOR DEL ESTADO DE BIENESTAR?

Por P. Kevin E. Schmiesing¹

Fuente: <http://www.acton.org/pub/commentary/2012/10/10/vincent-de-paul-welfare-statist>

Octubre de 2012

Traducción de Mario Šilar

En una reciente columna en el Huffington Post², Thomas Worcester señala al santo Católico del siglo XVII, san Vicente de Paul, como un impulsor/defensor de las políticas progresistas del siglo XXI defensoras de un extenso estado de bienestar. Aunque el autor no lo diga explícitamente, a menos de un mes de las elecciones presidenciales en Estados Unidos el mensaje subyacente es bastante claro: si san Vicente de Paul estuviera actualmente vivo, sin duda votaría por Barack Obama. Probablemente, Worcester esté equivocado pero lo más importante es que, en su celo por reclutar a san Vicente para las filas del partido demócrata, termina mancillando la reputación de uno de los más grandes testigos de lo que significa la caridad cristiana.

Se trata en verdad de un caso común de mala práctica en el análisis histórico: el intento de encasillar a figuras del pasado en un lado u otro de los debates contemporáneos (anacronismo). La tentación resulta irresistible para algunos porque, a) las figuras históricas son famosas por lo que pueden atraer prestigio a alguna causa y, b) las figuras históricas están muertas, por lo que no pueden defenderse y rechazar el intento de ser cooptadas por campañas o ideas con las que ellos no querían ser asociados.

A pesar de todo, Worcester dice algunas cosas ciertas. Es cierto que san Vicente de Paul no concibió la ayuda y asistencia a los necesitados como una actividad puramente privada. En efecto, san Vicente entendió que el gobierno tenía algún papel que desempeñar en la creación de las condiciones que conduzcan a una sociedad justa. Por ejemplo, cuando impulsó una reforma en el sistema carcelario, el “llevó su causa a los niveles más altos del estado”. La enseñanza católica en temas vinculados a la justicia siempre ha reconocido el rol indispensable que juegan los agentes públicos y las instituciones políticas en la promoción de la justicia. No debe generar ninguna sorpresa que el agudo y devoto Vicente compartiera esa convicción.

Otra cosa que Worcester articula adecuadamente es la preocupación que San Vicente de Paul tuvo por los pobres y marginales de la sociedad. Vicente habría querido “un cambio radical en la vida de muchas personas ricas demasiado satisfechas de sí mismas, arrogantes y que se creen con derecho a vivir en el lujo y la ostentación mientras que otros alrededor de ellos multitud de personas sufren en las formas más diversas”. Vicente hubiera hecho suya “la causa de tantas familias que luchan arduamente por tener un techo sobre sus cabezas y un plato de comida en sus hogares”. También habría apoyado a los refugiados e inmigrantes “recibiéndoles y consiguiendo para ellos la ayuda que pudieran necesitar”.

Sin embargo, cuando Worcester intenta convertir a san Vicente en un activista político partidista, su análisis pierde totalmente el foco. Worcester está seguro de que san Vicente “apoyaría un aumento en las leyes de salario mínimo” y que también sería un “acérrimo defensor del polémico *Health Care Act* impulsado por Obama”. Vicente se opondría a cualquier corte en los programas de *Medicaid*, *Medicare*, *food stamps* (programas de ayuda mediante la entrega de cupones de alimentos) o en los préstamos estudiantiles y programas de becas de estudio.

Sin embargo, es imposible saber si san Vicente, si aún estuviera entre nosotros, apoyaría o no a alguno de estos programas (aunque los programas que suponen la promoción del aborto y el

¹ Research Fellow del Acton Institute: <http://www.acton.org/about/staff/kevin-e-schmiesing>.

² En http://www.huffingtonpost.com/thomas-worcester/what-would-st-vincent-de-paul-do_b_1905919.html.



ataque a la libertad religiosa en materias vinculadas al cuidado de la salud podrían ser una buena apuesta para creer que, al menos, “sería poco probable” que fueran apoyados por el santo). A pesar de todo esto, una cosa podría darse por segura: san Vicente de Paul habría considerado a cualquier política gubernamental como un elemento secundario en comparación con la obligación más crítica respecto del mandato de la caridad: *la acción personal*.

Este es el punto esencial que las interpretaciones progresistas de la caridad no logran comprender, y es el motivo por el que no terminan de comprender en todo su sentido el carácter auténticamente heroico de santos como san Vicente de Paul. san Vicente no creía que su deber moral hacia el prójimo quedaba cubierto con el simple hecho de votar por un candidato determinado en una elección democrática. Tampoco creía que este deber quedaba cubierto cuando lograba convencer a una persona rica de que ayudara a los pobres, o cuando intentaba influir en las autoridades políticas para que ajustaran los resortes del poder para favorecer a los más necesitados, y que carecían de recursos y poder de lobby. Para san Vicente, la obligación de caridad se cumplía cuando ayudaba a los pobres *con sus propias manos*, cuando ayudaba a los enfermos o visitaba a los que estaban solos y abandonados. Sólo mediante este contacto personal con los necesitados él era capaz de comprender con la sensibilidad adecuada el carácter y la dimensión de sus necesidades. Sólo mediante este compromiso personal él fue capaz de compartir su vida en el ministerio de Cristo.

Como esta última frase indica, para san Vicente la caridad era una empresa esencialmente religiosa. Su relación con Cristo no era un adorno accidental en su carácter que sirviera como un bonito complemento en su preocupación por los pobres. En verdad, se trata de la clave explicativa sin la cual su preocupación y cuidado por los pobres resulta radicalmente incomprensible. Al reflexionar sobre los inicios del orden religioso que él fundó (la Congregación de la Misión, conocida popularmente como los “vicentinos”), san Vicente afirmó que los misioneros fueron enviados “a evangelizar a los pobres así como lo hizo nuestro Señor Jesucristo”. Es esta espiritualidad la que inspiró a Frederic Ozanan, un parisino francés que vivió en el siglo XIX, para fundar una de las mayores organizaciones de ayuda caritativa, la “Sociedad san Vicente de Paul”. Ver la tarea llevada a cabo por san Vicente de Paul como algo no muy distinto del activismo político no sólo supone una distorsión de su biografía sino que reduce su extraordinaria vida de gracia y santidad a meros actos de compasión humana. Desde este punto de vista, entonces, todo lo que necesitaríamos nosotros para imitar al gran san Vicente de Paul sería nuestro deber de apoyar las causas políticas adecuadas.

Si en verdad nos queremos preguntar “¿qué habría hecho san Vicente?”, entonces, una respuesta más adecuada sería la siguiente. Si Vicente pensaba que un determinado programa de gobierno podría ayudar verdaderamente a los pobres, probablemente lo habría apoyado, si hubiera pensado que no lo hacía, no o habría apoyado. Más importante aún es que él hubiera tenido conocimiento de primera mano para analizar e interpretar la situación, porque él habría estado viviendo y trabajando junto a las personas que quería ayudar. Dado el carácter decididamente ambiguo del supuesto “éxito” de los programas gubernamentales impulsores del estado de bienestar, desde que se iniciara la “guerra contra la pobreza” hace más de cuarenta años, es por lo menos plausible suponer que san Vicente hubiera expresado ciertos reparos en continuar por la misma senda.

Thomas Worcester clama porque Dios envíe “más santos como Vicente”, y yo digo amén a eso. Un ejército de san Vicentes en los Estados Unidos de hoy sería de gran ayuda para los pobres, espiritual y materialmente hablando. Si ello fuera igualmente beneficioso para la suerte de la izquierda política, como Worcester parece sugerir, es algo mucho más dudoso.